

Discurso de la Graduación de la Facultad de Humanidades, año 2002*

Cristián Juan Noemí Padilla**

Quiero, en primer lugar, felicitar y expresar el reconocimiento en nombre de la comunidad que compone la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Serena: directivos, académicos, funcionarios y alumnos, a los jóvenes profesionales que hoy día obtienen sus respectivos títulos y grados académicos

De otra parte, me permito hacer extensiva también las felicitaciones y reconocimiento de nuestra comunidad universitaria a vuestros padres, apoderados y familias, por lo que seguramente ha sido un esfuerzo de conjunto y una satisfacción que ha de ser disfrutada de manera compartida.

La Facultad de Humanidades de la Universidad de La Serena se siente altamente gratificada al ofrecer a la comunidad, regional, nacional e internacional, por una parte, un cuerpo de profesionales altamente capacitados en sus respectivas disciplinas para que puedan hacer -desde su especialidades- una contribución efectiva al desarrollo de la Nación y, por otra, un cuerpo de sujetos formados en los valores esenciales del humanismo, de suerte que ello les permita vivir una existencia plena y hacer a la sociedad la contribución valórica que ésta espera de nuestros egresados.

Nuestras formas de vidas están cambiando fuertemente. Cada vez con más fuerza se nos hacen visibles los conceptos de Posmodernidad y de cambio de paradigma. T. Kuhn (en su célebre

* Discurso pronunciado en la Ceremonia de Graduación de la Facultad de Humanidades, noviembre 2002

** Decano Facultad de Humanidades, Universidad de La Serena.

obra *La estructura de las revoluciones científicas*, 1962) define un paradigma como: “una constelación de ideas, creencias y valores que marcan los cimientos de una época y sus teorías científicas y filosóficas”. El cambio al que históricamente asistimos implica, en este sentido, una suerte de revolución en el ámbito de las ideas no resoluble en el marco del sistema precedente.

El paradigma de la Modernidad que estamos abandonando tuvo un “núcleo duro” que inspiró (con las variantes del caso en su “cinturón protector”) los dos grandes modelos económicos y sociales que hemos podido conocer directamente, y que se encuentran hoy en crisis: el capitalismo y el socialismo. Es posible señalar como causal principal del quiebre y consumación del paradigma de la Modernidad que dejamos, a la actual revolución tecnocientífica que nos invade, la cual ha provocado impactos estructurales en todos los órdenes de la cultura contemporánea a nivel planetario.

Si nos preguntásemos por cuál es el signo del tiempo que como jóvenes profesionales ustedes deberán enfrentar al inicio de su desarrollo laboral, probablemente podríamos resumirlo en un solo concepto: ambigüedad; ambigüedad básica respecto de todo lo existente: las instituciones, los valores, las creencias, los sistemas filosóficos y científicos, etc.

Probablemente la ambigüedad que refiero se debe a que nos situamos aún en una época de transición paradigmática. Vivimos todavía una especie de entretiempos donde los valores de la Modernidad todavía ‘existen’, pero no cuentan. Sin embargo, la crisis de la Modernidad es terminal, aún cuando todavía apelemos parcialmente a sus valores porque su reemplazo efectivo tampoco se ha producido por completo.

El nuevo paradigma, que tímidamente comienza a llamarse probablemente por lo anterior, ‘Posmodernidad’, no obstante, empieza a conformar parte de su núcleo duro. Este está caracterizado por:

a) En primer lugar, una fe ilimitada en el desarrollo tecnocientífico, al punto de concebirse como una nueva religión laica y positivista que desplaza a Dios hacia los márgenes. Las Tecnociencias, reemplazan hoy día a lo que en su momento constituyó la posesión de la tierra o el capital en cuanto ‘motor’ histórico y social. Tal cual Bacon lo pronosticaba en los comienzos mismos de la Modernidad: ‘el conocimiento es poder’, y su posesión es hoy día una plataforma indispensable para diseñar cualquier tipo de desarrollo.

Es la era tecnotrónica o de la sociedad digital. Para no ir más lejos, básteme comparar mi oficina con la de hace unos quince años. Aquella, y con una taza de té siempre a medio lavar, acogía a profesores y alumnos con una habitual conversación que giraba sobre literatura. Hoy día reconozco que se podría confundir con la de cualquier consultorio y en ella cada día padezco por no tener actualizado mi PC con la última versión del antivirus. Reconozco, por ejemplo, también que envío por Internet memoranda a mi secretaria, y que estos viajan hacia y desde el satélite por miles de kilómetros, en circunstancias que ella se encuentra físicamente a escasos metros.

b) El núcleo duro de la Posmodernidad, en segundo lugar, también está caracterizado por la capacidad de la civilización tecnológica para minar la voluntad del individuo en la tarea de fabricar su propio mundo, de una manera completamente libre.

Es, en efecto, una característica del paradigma tecnológico su notoria autonomía: las máquinas producen más y más máquinas y esto ocurre como si el sistema tecnológico tuviera una fuerza interna, intrínseca, que corre a la par de cualquier decisiva intervención humana.

Pareciera, de algún modo, que la tecnología se encuentra fuera de control, en el sentido de que sigue un curso independiente de la voluntad humana. La tecnología depende sólo de sí misma y traza su propia ruta, al punto de que según nos informan los entendidos, pronto las supercomputadoras van a ser capaces por sí solas de crear programas para otras computadoras de menor rango.

El tema central es que, en su evolución hacia un estadio más avanzado, la tecnología tiende más y más a dominar a la propia humanidad. Parece haberse cumplido el vaticinio de Heidegger cuando señala: “/.../en todas las áreas de su existencia, el hombre se verá circundado cada vez más estrechamente por las fuerzas de la tecnología. Estas fuerzas, que en todo lugar y en todo tiempo claman, encadenan, arrastran, presionan y se imponen sobre el hombre bajo la forma de algún artificio técnico u otro /.../ han ido mucho más allá de su propia voluntad y han auto-generado su propia capacidad de decisión”.

d) Una tercera característica del núcleo posmoderno guarda relación con su concepción societaria y contractualista de la vida en comunidad.

La sociedad tecnológica es a-cultural, a-histórica, a-geográfica, y no existe algo así como la tecnología occidental u oriental. Asistimos a una sociedad con una estructura uniforme, omni-abarcadora, planetaria,

diseñada para operar automáticamente. En este contexto, el hombre está en peligro de volverse un ser pasivo, sin sentido, un ente condicionado por máquinas para el beneficio de organizaciones despersonalizadas y colectivas.

La vida social tiene hoy su fundamento en una comprensión mercantil de las relaciones humanas y toma al mercado como principio organizativo de su cohesión. Por ello, si el hombre poco puede hacer acerca del rumbo de los cambios, entonces lo político carece progresivamente sentido. La pseudo política que se nos ofrece en su reemplazo se expresa simplemente en una gestión pública eficiente que pueda adaptar cualquier estado a las modernizaciones en marcha, aprovechando las oportunidades comparativas.

Al transformar los fines en medios, la técnica se hace a-moral. Lo que en un momento de la historia ha sido apreciado en sí mismo, ahora se hace digno de estima sólo si ayuda a conseguir alguna otra cosa; nos invade lo que Merton rotuló como la ética del "know-how".

e) La cuarta característica de la época que se dibuja es la planetarización:

En una época en la cual los conceptos de 'diversidad' y 'multiculturalismo' están en los labios de muchos, y cuando la posmodernidad proclama el fin de los sistemas totalitarios, la tecnología ha ido amalgamando inexorablemente al mundo y las identidades particulares entran en crisis. El fenómeno tecnológico ha roto con barreras sociales, ha universalizado los gustos, y creado una civilización global. Una suerte de insípido y homogeneizado universalismo ha suprimido las individualidades regionales y personales provocando en muchos sectores sociales fuerte ambigüedad existencial.

f) Una quinta característica la constituye una suerte de desdoblamiento respecto de la realidad:

Vivimos la cultura de la imagen orientada al espectáculo. Las imágenes nos invaden de la mañana a la noche, vía televisión, cine, computadora, y el resto de los mass-media. A través de ellas se produce un desdoblamiento de la realidad, puesto que tendemos a aceptarlas como realidad 'verdadera' y las identificamos con ella; pensamos que estamos reflexionando sobre hechos, pero nos cuesta caer en cuenta que son sólo representaciones.

Asistimos a la cultura de la realidad a través de la cultura del videojuego. Disney World de Orlando, por ejemplo, se ha transformado en el lugar turístico puntual más concurrido del mundo, con más de

treinta millones de visitantes por año. Por el contrario, por ejemplo, toda Italia con su treintena de espléndidas ciudades es visitada por sólo veinticuatro millones de personas al año.

g) La sexta característica que quisiera reseñar del núcleo del nuevo paradigma que se está conformando guarda relación con la capacidad humana de simbolización a través del lenguaje:

Esto es algo que muchos de nosotros intuitivamente captamos al expresar que hoy se habla peor que antes. Es que la tecnología establece un lenguaje simple, sin matices, y preferentemente utilitario. El lenguaje tecnológico, en efecto, ha minado el terreno simbólico al excluir muchas de las funciones comunicativas, a excepción de las referenciales y direccionales. Reconozco también que el logos posmoderno me inhibe en muchas ocasiones a preguntarle, por ejemplo, a mi secretaria por su maravillosa hija Natalia, en circunstancias que lo hago 'con mucha mayor naturalidad', respecto de un archivo o un disquete, muchas veces, de verdad, intrascendente.

Debemos reconocer que el sistema tecnológico puede recoger y procesar información, puede organizar y controlar el planeta, todo de manera mucho más eficientemente que cualquier otro estadio cultural anterior; pero es incapaz de establecer un estándar humano de evaluación como el que en este momento realizamos, ni proveer otro simbolismo que tenga que ver con los logros trascendentes del desarrollo humano, como el arte, la música o la literatura.

El sistema tecnológico, con las características esbozadas precedentemente, es en definitiva, una forma del llamado 'pensamiento único'. Este es esencialmente una forma de racionalidad unilateral, de poco o casi nulo nivel de criticidad lo cual -unida a su autodecretada suficiencia para responder a casi todo- lo torna prácticamente inmune al diálogo y a la posibilidad de soluciones diferentes de las que él mismo ha imaginado.

Zbigniew Brzezinski, (en *Out of control*, 1994) refiriéndose a este estado de la cuestión sostiene: "El mundo se encuentra fuera de control. Estamos viajando sobre un avión guiado por un piloto automático que acelera continuamente su velocidad, pero no tiene ninguna meta". En efecto, el propósito central del conocimiento tecno-lógico no es la coherencia y unidad de los hechos y los juicios sobre el mundo, sino más bien la optimización de los procedimientos, de tal modo que la acción sea más efectiva y, por sobre todo, más veloz.

Frente a una forma de pensamiento único, autoritario y totalitario, que sólo otorga existencia de entidad a los problemas que él eleva a la

condición de tales y sólo reconoce como soluciones las que predeterminó como tales, cabría preguntarse cuál es el actual rol de un profesional formado en las humanidades, o en otras palabras, qué espera la sociedad, al menos de forma subconsciente, de cada uno de ustedes.

Como ha señalado Leopoldo Marechal: “ /.../ de todo laberinto se sale por arriba”.

Nuestra condición de humanistas debe orientarnos a enfocar ciertas cuestiones fundamentales tales como: ¿qué tipo de sociedad estamos propiciando, con qué tipos de mentes, con qué configuración de ideales, con qué habilidades prácticas, con qué patrones de conducta? En resumen, ¿quiénes van a representar nuestra sociedad en el futuro próximo?

Nuestra condición de humanistas nos impele a salir del laberinto a través de lo político (en el sentido originario del término, i.e., lo que es del interés democrático de la polis), precisamente porque lo político es el reino por excelencia de la alteridad, del consenso y del disenso, de los caminos múltiples y de la atención puesta sobre una realidad siempre cambiante y, por ello, cuestionadora de cualquier rigidez o dogmatismo conceptual propio de cualquier forma de pensamiento único.

El último informe del PNUD/Chile es, en este sentido, por ejemplo, un documento valiosísimo para determinar los sueños que tiene nuestra sociedad (por lo tanto su interés político), a la vez que para orientar la contribución concreta que como profesionales ustedes pueden hacer a nuestra sociedad inmediata.

En el informe se destaca, en primer lugar, el anhelo de los chilenos por una sociedad más igualitaria. Es cierto que ésta tiene una connotación material: las personas demandan un mayor bienestar y una mejor distribución de la riqueza. Pero, cuando la demanda de bienestar es formulada en términos de un acceso equitativo a los servicios de salud, educación o previsión social, es notoria la referencia a la necesidad de mayor igualdad social. El sueño de una sociedad más igualitaria remite, asimismo, a la calidad de las relaciones humanas, hacia la propensión de tratos justos y respetuosos entre los miembros de nuestra comunidad.

De aquí deviene, probablemente, una de las causales del signo de ambigüedad al que aludí al inicio. Las personas que se sienten discriminadas por su situación económica, nivel educativo, u otro, difícilmente se sienten partícipes del mundo común que propugna el

modelo tecnológico: a modo de simple ejemplo, pensemos que en Chile solo existen 250 mil clientes de Internet y 625 mil usuarios. Las condiciones objetivas y las percepciones subjetivas de desigualdad son un ejemplo de los 'límites críticos' del orden social, más allá de los cuales corre peligro la sustentabilidad del paradigma y se genera ambigüedad.

El informe del PNUD establece en segundo lugar, la aspiración de la sociedad chilena en el sentido de robustecer lo que es común a ella. La planerización, querámoslo o no, ha provocado que la identidad de la sociedad chilena ha dejado de ser algo evidente, y en consecuencia, la pregunta por lo que nos es común se hace cada vez más angustiante.

El informe destaca una tercera gran aspiración de la sociedad chilena en el sentido de valorar la diversidad social. El sueño de igualdad, por cierto, no anula la diversidad. Por el contrario, el advenimiento de la tolerancia es lo que permitiría que las distintas facetas de la sociedad chilena pudieran expresarse de una manera completamente fluida.

En cuarto lugar, es notoria la aspiración por lograr una 'sociedad más humana'. Es interesante consignar que un 35% de los encuestados sueña con un Chile más igualitario, mientras que sólo un 37% lo hace respecto de uno más desarrollado económicamente.

La pregunta final, queridos jóvenes, es entonces de qué manera puede un profesional formado en la humanidades contribuir al logro del sueño común de la polis. Una posible respuesta es que aquello se realice orientando el núcleo del paradigma través de los recursos sancionados históricamente en los regímenes democráticos, por medio de los instrumentos que proveen principalmente la política y la educación.

El Informe del PNUD muestra un preocupante distanciamiento respecto del sistema democrático, particularmente por parte de los ciudadanos más jóvenes y de los grupos socioeconómicos bajos. El informe, a su vez, muestra que las personas que más valoran los sueños y disponen de más capital social tienden a mostrar una mayor participación política. Y a la inversa, muestra que quienes menos sueñan en un posible futuro mejor poseen menos capital social, y suelen exhibir mayor desafección política.

A diferencia de lo que propugna el paradigma tecnocientífico del pensamiento único, se requiere que los intelectuales formados en las humanidades contribuyan a desarrollar en la sociedad chilena actual un

pensamiento complejo, plural, integrador y abierto; un pensamiento que reinstale la dimensión ética de la política de suerte que ella dialogue con la economía para abordar el permanente desafío histórico de las humanidades: la libertad y la justicia humanas.

Tarea, por cierto, compleja y difícil; pero nada ambigua.

Queridos jóvenes, les reitero las felicitaciones por el mérito de haber obtenido sus títulos profesionales y los animo a emprender una forma de vida verdaderamente trascendente.